

Escritora, al fin

Elvira Lindo

Pese a ganarme la vida escribiendo desde los diecinueve años no adopté el nombre de este oficio como propio hasta hace muy poco tiempo. Hace unos cinco años tal vez, cuando la palabra escritora aparecía delante de mi nombre en las reseñas o cuando los lectores así me nombraban con insistencia al dirigirse a mí. Escritora. Me impresionan esos jóvenes que habiendo escrito unos cuantos versos se autodenominan poetas o esos novelistas que hablan de su «obra» teniendo en su haber una sola novela. Parece que están convencidos de que uno es lo que dice ser y más aún si se trata de uno de estos oficios artísticos en los que abundan la palabrería y el autoengaño.

Hay tantas novelas escritas en la cabeza y contadas una y otra vez delante de unas copas. Yo misma he escrito alguna de esas novelas. Cuando era muy joven y soñaba con este oficio solía contar mis argumentos con todo detalle, la biblia de personajes, el ambiente en el que quería que la historia fluyera. El alcohol parecía excitar la invención hasta tal punto que me veía volviendo a casa y, sin apenas quitarme el abrigo, aporreaba la máquina hasta que esa novela, que de manera tan exacta estaba escrita en la mente, inundaba los folios de palabras. Pero el impulso, ay, se desvanecía en el taxi de vuelta y cuando llegaba la mañana el agua de la ducha parecía llevarse por el sumidero los aromas y los sueños de la noche anterior. No quedaba nada, nada. La elocuencia se había perdido y toda la energía creativa se consumía en escribir textos que me convertían en una guionista con aspiraciones literarias, o sea, en una guionista.

Era frustrante comprobar cómo aquella pulsión interior que en la infancia y en la adolescencia me llevaron a escribir con la concentración absoluta que el niño dedica al juego se habían esfuma-

do y mi cabeza se perdía en ensoñaciones y proyectos que posponía con buenas excusas para la demora. Ya se sabe cuál es la coartada común a todos los que no encuentran el momento de actuar: es la propia vida la que decide cuándo es el momento de realizar un deseo, no nosotros.

Jamás consideré que hubiera literatura en los guiones que escribía para la radio. Pero es que tampoco me consideraba guionista. Tenía un oficio tan difuso como yo: escribía, representaba, presentaba... La primera vez que firmé un contrato con ese nombre, guionista, experimenté una íntima alegría: un administrativo de la radio televisión pública le había puesto nombre al fin a lo que llevaba haciendo muchos años. Con la perspectiva que da el tiempo me doy cuenta de aquellos guiones tenían un fuerte impulso literario, eran pequeños sketches, cuentos en el sentido más tradicional del término, para los que luego más tarde buscaba voces y música que ayudaran a contar una pequeña historia. Hoy sé que la radio es el medio más cercano a la literatura. No lo digo porque durante diez años fuera mi escuela sino porque habiendo escrito para televisión o para el cine, encuentro que la radio le pide al oyente lo mismo que los libros piden al lector: que dibuje él mismo las imágenes. Un texto leído por la radio nos devuelve a la antigua actitud del niño que escucha un cuento leído por sus mayores, y es un medio con un gran poder de evocación, que no necesita de muchos materiales más allá de las palabras y las voces para crear un universo.

Diez años escribiendo para un medio tan peculiar en el que se trata de atrapar la atención de un oyente que ya no permanece, como veíamos hacer a nuestros abuelos, sentado al lado del aparato sino que se mueve de una habitación a otra, marcan el estilo. Lo despojan de pomposidad, de artificio, y lo hacen por fuerza sencillo, directo y expresivo. O tal vez yo aceptara sin resistencia esas pautas, porque era la sintaxis con la que había nacido y no podía luchar contra ella. Cuando empecé a escribir por cuenta propia, sin que el tiempo o el espacio me condicionaran tanto como en los medios audiovisuales, recibí entre sorprendida y aliviada la libertad con la que podía expresarme, pero la costumbre de trabajar para otros me había hecho poco complaciente conmigo misma y no pude evitar que permaneciera en mí la costumbre

de descartar adjetivos. Un sustantivo no puede llevar tanto peso, suelo decirme cuando corrijo, con un adjetivo basta, con el adjetivo justo. Pero realmente no sé si puedo atribuir mi manera actual de narrar a los años en que tuve que ser escrupulosa con el tiempo y considerada con el oyente o si realmente la sintaxis es una marca de fábrica, como el timbre de la voz o la manera de andar.

Para convertirme definitivamente en escritora tuve que comprender que, aunque los libros se piensan y se pasean antes de escribirlos, hay que aceptar que en el camino que va del pensamiento a la palabra escrita se esfuma parte de esa maravilla que creíamos estar seguros de poseer. Hay algo tangible en las palabras, como lo hay en el óleo, en la piedra o en el mármol, que hace que haya que luchar con un material que a menudo no nos da lo que nosotros esperábamos. Es inevitable que la novela nazca de una desilusión.

En mi deseo de ser escritora también tuve que someterme a una disciplina impuesta sólo por mí, sin fechas de entrega ni exigencias de superiores. Un libro lo escribes porque quieres y más te vale enfrentarte pronto a la idea de que sólo se es escritor cuando se escribe o cuando se piensa firmemente en algo que sin duda quieres escribir. Aunque suene paradójico el escritor no fantasea sino que crea un mundo, un ambiente, una situación que deben ser tan claros como su misma vida diaria. Es un fracaso si el lector, al leer una novela, se siente ante una invención o un artificio y no involucrado en algo real que sucede cada vez que él se sumerge en sus páginas.

Fueron otras muchas cosas las que hube de superar para sentirme y sentarme libre ante la pantalla en blanco. Para empezar, tratar de que desaparecieran todas esas presencias fantasmales que, agazapadas en el hombro de cualquier escritor, lo asedian cada vez que comienza a escribir una historia, advirtiéndole de posibles fracasos, recordándole tendencias o prejuicios críticos. Entre esas presencias, también está la de los amigos y la de la familia, que avivan tus pudores y te conminan a no ser audaz, por si ese atrevimiento pudiera salpicarle a ellos. Todos deben ser expulsados en tu encuentro solitario con la literatura: quien escribe no ha de pensar en nadie, ni en amigos, ni en familia, ni en esos críti-

cos que sabes de antemano que te juzgarán más por la idea que tienen de ti que por el libro que llegará a sus manos. Sabes todo. Sabes dirán que hay un exceso de diálogos provocados por tu pasado de guionista; sabes la penitencia por la que habrá de pasar cada libro; el punto flaco que van a señalarle, ese punto flaco que tal vez sea lo más querido por ti, lo que has dado de más, aquello que provoca algo de vergüenza, que te hace escritora por encima de lo que piense cualquiera. Pues bien, eso que sabes, has de olvidarlo y ponerte a escribir como si nada importara.

Sé muy bien lo que es vivir en este mundo de la literatura con una imagen de ti misma cargada de adjetivos manidos que te reducen a un estereotipo. La guionista, la articulista, la autora de libros infantiles, la esposa de escritor reconocido, la escritora humorística y, por tanto, frívola o, por suavizarlo, la que escribe en un tono ligero. También habrás de olvidar estos adjetivos que te persiguen y demostrar que harás siempre aquello que responda a tu interés íntimo del momento, sin dejarte engatusar por los que te aprecian o desanimar por los que te detestan.

No hay ninguna razón para pensar que la infelicidad contribuye a crear buenos libros, más bien la historia de la literatura constata que hubo escritores que escribieron obras excelentes a pesar de la desgracia. De todas formas, sí es cierto que en este oficio hay que convivir con la incertidumbre y la insatisfacción, y que tal vez sean esas dos sensaciones las que le empujen a uno a no estancarse en un terreno seguro. «Déjeme escribir algo serio», le pedía Chéjov al dueño del periódico al que mandaba cuentecillos cómicos con pseudónimo. Era como decirle, déjeme ser algo distinto de lo que esperan de mí. Y no es que sus historietas humorísticas no tuvieran mérito sino que él quería ser libre decidiendo el tono y el compromiso que adoptaba con los personajes.

No existe literatura sin riesgo ni sin valor para afrontarlo. No suelo pensar en los libros que he escrito pero todos ellos han supuesto para mí un paso adelante. Cada uno poseía algo que rompía con el anterior y me convertía en lo que siempre he querido ser, imprevisible. A estas alturas, tras muchos libros para niños y cuatro novelas no sé juzgar ni quiero aquello que ya he escrito. Es mejor que el juicio sea de otros. El tiempo me ha ense-

ñado que ser demasiado severo con uno mismo es tan estéril y paralizante como regodearse en aquello que fue bien recibido.

Aunque nunca, o casi nunca, abra las novelas que escribí por no querer atormentarme con sus errores, hay algo que nadie, ni yo misma, podrá reprocharme: no haberme arriesgado a dar un quiebro cuando muchos lectores esperaban de mí que no cambiara nunca. El humor no se valora pero es adictivo para el lector y se irrita si el encargado de divertirle renuncia a ello. Dejé mis libros juveniles en el momento en que vendían más ejemplares, dejé mis artículos humorísticos en su momento de más popularidad. He tenido que escuchar no pocas veces ese reproche cansino del porqué has cambiado, o porqué nos has abandonado. La razón es: porque soy como soy en el presente. Porque escribo como soy en el presente. Y ya no me siento atada a ninguna voluntad que no sea la mía. Eso, eso es precisamente lo que hace que hoy sepa que tengo un oficio, un oficio que la lectura inculcó en mí a los nueve años y al que me he dedicado toda la vida de una manera u otra, aunque sea hace poco tiempo cuando me he considerado con el derecho a definirme como escritora. Puede que todo haya sido un proceso de maduración y que finalmente sea capaz de narrar la experiencia, de observar y contarlo, de imaginar.

Cuando paseo, cuando hablo, cuando pierdo el tiempo, cuando amo, cuando dudo, cuando siento el impulso de la creación. Cuando escribo. En todos esos momentos, soy escritora. Y no sé ser nada más ©

